

Primero Japón, luego China.

¿Por qué México no ha podido emular la etapa del alto crecimiento económico de estos países?

VÍCTOR LÓPEZ VILLAFÑE*

A lo largo de su trayectoria académica, el autor se ha interesado por las economías de Japón y China. Ahora, en este texto, da cuenta de su acelerado crecimiento económico, así como de los factores indispensables para alcanzar el desarrollo. También compara los proyectos de industrialización de ambos países con el de México, en un intento por explicar el atraso, provocado en parte por el endeudamiento y la dependencia de las exportaciones petroleras.

Durante muchos años he estudiado las economías del este de Asia, en especial de Japón y China, que experimentaron sucesivamente crecimientos económicos espectaculares: el primero, de la posguerra hasta principios de la década de 1970; y el segundo, desde que inició sus reformas de apertura de mercado en 1978, en específico de 1993 hasta la crisis del capitalismo mundial de 2008 y 2009, cuando sus tasas de crecimiento del producto interno bruto (PIB) empezaron a descender. También por muchos años he realizado estudios comparativos tomando como base a la economía mexicana, por lo que este ensayo es una especie de síntesis de varias ideas ya expuestas en múltiples textos anteriores. La pregunta esencial a la que trataré de dar respuesta consiste en descifrar las causas y los elementos que producen un acelerado crecimiento eco-

nómico, situación que acerca al PIB a la frontera de 10 por ciento anual en promedio, durante un periodo sostenido.

Japón

En la historia económica mundial reciente hay muy pocos ejemplos —en su mayoría se encuentran en el este de Asia— de alto crecimiento económico sostenido por un lapso prolongado, como Japón entre 1950 y 1990. En esos años, Japón se convirtió en la segunda potencia económica mundial; entre 1955 y 1970 su PIB mantuvo tasas cercanas a 10 por ciento en promedio, que luego descendieron a 4 y 5 por ciento entre 1970 y 1990.¹

¹ A partir de ese momento y con el estallido de la llamada «burbuja» empezó el letargo de la economía japonesa. Entre 2000 y 2010 sólo había crecido 0.9 por ciento, mientras que

* Docente investigador de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas.



En Japón tuvo lugar un masivo cambio de trabajadores de la agricultura a las nuevas industrias.

Desde el punto de vista económico, el alto crecimiento, es decir, mantener tasas promedio del PIB anual superiores a 10 por ciento por largos periodos, se considera algo excepcional, pues implica la combinación de una serie de factores de orden interno y externo, así como condiciones políticas y sociales favorables. Cuando todos estos factores y condiciones se unen de modo positivo en un país, existe una gran probabilidad de conseguir un alto crecimiento. Relativo a Japón, se puede argumentar que su crecimiento se debió a un modelo que mostraba fuertes equilibrios entre oferta y demanda, y una relación demográfica conveniente.

De manera similar sobresale que en la época de la posguerra Japón tuvo un contexto in-

otras más avanzadas lo hacían a 1.4 por ciento en promedio. El año de 1997 constituye la frontera en la que Japón ostenta el más alto nivel de PIB nominal y luego entra en etapas combinadas de crecimiento económico moderado y bajo.

ternacional propicio. Estados Unidos se convirtió en la fuerza hegemónica en Asia y Japón fue su aliado fundamental en la defensa del mundo libre frente a la amenaza comunista en esa región. Después de la firma del Tratado de Seguridad entre ambos países en 1951, Japón quedó subordinado militarmente a Estados Unidos, lo que permitió que concentrara sus esfuerzos en la reconstrucción económica. Así, el pragmatismo económico sustituyó a las antiguas aspiraciones de hegemonía política de la preguerra. Se redujeron los presupuestos militares y la burocracia económica japonesa se dedicó de forma radical a implementar políticas económicas a fin de conseguir un crecimiento acelerado. El Ministerio de Planeación Económica (MITI) fue el encargado de suministrar las políticas industriales aplicadas sucesivamente a lo largo de los años. Al principio se desarrollaron industrias básicas y más

Un elemento central fue la estructura demográfica de Japón, considerada ideal en la historia del planeta: la población activa representaba 70 por ciento de la población total, por lo que Japón era más productivo per cápita que Europa (más ancianos) y Estados Unidos (más jóvenes).

tarde se diseñaron planes para industrias dinámicas con fuerte demanda en el exterior, como las del sector de electrónica, bienes de consumo doméstico y automotor; posteriormente, y a la fecha, bienes de alta tecnología.

Otro factor relevante para alcanzar este alto crecimiento consistió en los generosos términos de intercambio comercial, gracias a que las materias primas mantuvieron precios bajos en el mercado mundial, circunstancia que contribuyó al aumento de las ganancias corporativas, en concreto de las empresas exportadoras de bienes manufacturados. De igual manera, tuvo lugar una migración masiva de trabajadores de la agricultura a las nuevas industrias que percibían salarios por debajo de los incrementos productivos. Además, el sistema de relaciones laborales japonés hizo de los sindicatos de trabajadores una pieza clave al limitar sus demandas y contribuir a la gestión empresarial. Debido a que su industria fue casi destruida al final de la guerra, Japón tuvo la facultad de acceder a nuevas tecnologías que aceleraron su crecimiento económico. Fue el caso del acero, cuya producción era impulsada por dichas nuevas tecnologías.

Un elemento central fue la estructura demográfica de Japón, considerada ideal en la historia del planeta: la población activa representaba 70 por ciento de la población total, por lo que Japón era más productivo en términos per cápita que Europa (más ancianos) y Estados Unidos (más jóvenes). Cabe aclarar que la relación demográfica ha cambiado de modo radical en las últimas décadas hacia el envejecimiento acelerado de su población, uno de los factores de la depresión económica japonesa en el siglo XXI.

Diversos aspectos no menos importantes devienen de la reforma agraria de posguerra que eliminó el latifundio y posibilitó la aparición del pequeño agricultor japonés encargado de producir para el abastecimiento interno. Lo más trascendente es que la reforma liberó a un considerable contingente de trabajadores para las nuevas industrias urbanas que surgieron en todo el territorio. Por tanto, el objetivo de las políticas económicas dirigidas a la reindustrialización de Japón era aprovechar el torrente de trabajadores en industrias con alto impacto en el empleo. Las industrias elegidas como motores de crecimiento fueron la pesada y la química.

Resulta pertinente subrayar que una etapa de crecimiento acelerado consiste en beneficiarse de los mercados doméstico y de exportación. El mercado doméstico se desarrolló gracias a la creación de la demanda que provenía del consumo de los trabajadores y sus familias, en la generación de un ciclo virtuoso en el que los aumentos de productividad se traducían en salarios superiores. En tanto, el alto crecimiento de la economía mundial suscitó una demanda creciente para los productos de exportación de Japón.

Sin embargo, lo anterior no hubiera sido factible sin tomar en cuenta los elementos cuantitativos, como el hecho de que las tasas de inversión anuales se mantuvieron muy altas, entre 35 y 40 por ciento del PIB. En ese sentido, no puede haber un crecimiento acelerado con tasas de inversión bajas, como sucede en México. Una tasa de inversión alta, en las condiciones descritas, se convirtió en un componente esencial en la aceleración del crecimiento

económico. Otro elemento cuantitativo estriba en las mejoras tecnológicas ya mencionadas, que permitieron elevar la productividad de manera consistente. Este círculo virtuoso creó las condiciones que fortalecieron el modelo al reproducir la inversión y la absorción de nuevas tecnologías permanentemente.

Concerniente a los agentes que en el mercado hicieron que este modelo de aceleración económica funcionara, hay que mencionar a las empresas japonesas que desempeñaron un papel destacado. El sistema empresarial japonés de la posguerra se constituyó en una especie de pirámide, en cuyo vértice se encontraban los grandes corporativos (*keiretsu*) y debajo una constelación de pequeñas y medianas empresas integradas como eslabones de grandes cadenas de producción. La integración empresarial fue decisiva para el desarrollo del mercado interno, pues durante esa etapa los empresarios no dependían de inversiones en el extranjero para el suministro de componentes baratos, que podían obtener de este universo de pequeñas y medianas empresas dentro de su propio territorio. Los grandes grupos industriales contaban con sus propios bancos, una fuente inagotable de recursos financieros para mantener las altas tasas de crecimiento.

En los ámbitos financiero e industrial, el modelo fue autosuficiente. Japón no dependió de préstamos ni de la inversión extranjera. Mantuvo tasas de ahorro elevadas y un valor de su divisa favorable para estimular sus exportaciones. Por ende, no se generaron desequilibrios que desencadenaran una crisis financiera. No obstante, ocurrieron ciclos de ajuste de algunas variables que al ser superadas rápidamente volvían a llevar a la economía por la senda del crecimiento. De modo paralelo, sorprende que las altas tasas de crecimiento sucedieron en un entorno que propició una relativa equidad en la distribución del ingreso, con la formación de 90 por ciento de la población perteneciente a la clase media, lo que contrasta con los casos chino y

mexicano, en los que el crecimiento económico ha ido acompañado de fuertes desigualdades sociales.

China

El periodo de alto crecimiento en China, es decir, lograr tasas promedio del PIB que superen la frontera de 10 por ciento comprendió desde principios de la década de 1990 hasta los años de la crisis mundial capitalista de 2008-2009, tras lo cual su crecimiento empezó a desacelerarse. Así, nuestro análisis se concentrará en resaltar elementos y factores que hicieron posible dicho crecimiento. Con respecto a la experiencia de Japón existen similitudes, pero también grandes diferencias.

En cuanto a las semejanzas, la primera consiste en la abundancia de trabajadores dispuestos a embarcarse en un proyecto ambicioso de industrialización. El proyecto se expresó por medio de la liberación de una gigantesca masa de trabajadores que se incorporó a las nuevas industrias, en específico de exportación. Esta enorme masa se desplazó a consecuencia del fin de las comunas populares, como pieza fundamental del anterior sistema de producción agrícola. Se calcula que 250 millones de migrantes de las zonas rurales se trasladaron a los nuevos centros industriales, cantidad que representa 40 por ciento de los trabajadores urbanos en China. Aunado a ello, debe mencionarse que casi todos provenían de regiones pobres y atrasadas con salarios muy bajos, herencia de la etapa del socialismo de autosuficiencia. Además, en esa época se realizó un ajuste para que las empresas propiedad del Estado fueran más eficientes, lo que significó que 45 por ciento de la fuerza laboral empleada en el sector de producción estatal fuera despedida. Así, se formó una masa enorme de trabajadores que daría sustento a la nueva economía de mercado, un factor esencial para impulsar la etapa del crecimiento alto.

Otra analogía con Japón radica en el hecho de que China contó durante esos años con un ambiente internacional económico y político favorable. La economía mundial mostró condiciones positivas para absorber las numerosas exportaciones chinas, que constituían uno de sus instrumentos sustanciales a fin de mantener la maquinaria de crecimiento. Las exportaciones representaron más de 30 por ciento del PIB. El flujo de materias primas y recursos naturales que abastecía a sus nuevas industrias provino principalmente de las provincias del interior, ricas en recursos naturales. Los bajos precios de las materias primas significaron un cuantioso subsidio que brindó abastecimiento y permitió que los precios de los productos de exportación compitieran en los mercados internacionales y fuesen prácticamente imbatibles. Asimismo, miles de empresas manufac-

tureras mundiales se convirtieron en socios de China: hicieron grandes inversiones y asentaron su producción en el territorio con la intención de utilizar la abundante mano de obra barata y la materia prima accesible. A fines de 2001, China se incorporó como miembro regular de la Organizacional Mundial del Comercio (OMC) y con ello abrió un nuevo ciclo de reformas y de relaciones aún más intensas y, a veces, conflictivas con el exterior.

El papel del gobierno chino ha sido un factor clave, tal como lo fue en el caso japonés. Sin embargo, hay diferencias notables. China cuenta con un sistema de gobierno socialista, centralizado y con planes económicos que emanan de su burocracia económica. Desde 1978 ha aplicado de forma sucesiva reformas de apertura al exterior y profundos cambios internos. El objetivo primordial de las reformas



El periodo de alto crecimiento en China (lograr tasas promedio del PIB que superen la frontera de 10 por ciento) comprendió desde principios de la década de 1990 hasta los años de la crisis mundial capitalista de 2008-2009.



Muchas empresas manufactureras mundiales se convirtieron en socios de China: asentaron su producción en el territorio para utilizar la abundante mano de obra barata y la materia prima accesible.

era transformar a China en una potencia económica mundial, lo que han conseguido tras casi cuatro décadas de modificaciones incessantes. De la extensa geografía y la numerosa población dependió que las reformas fueran graduales y que las políticas económicas aplicadas se sucedieran de manera evolutiva y diferenciada: reforma rural en el interior del país, creación de zonas económicas especiales en las costas, ajuste en su sistema paraestatal, desarrollo de una pujante economía privada y reforma al sistema financiero. Dichas reestructuraciones se han propuesto el desarrollo acelerado de su economía, como un medio de legitimidad del grupo dirigente.

La tasa de inversión en China fue espectacular (todo un registro histórico), quizá difícil de igualar en el futuro. La economía china efectuó inversiones durante esa etapa equivalentes a 35 y 45 por ciento del PIB. Los bancos, en especial los cuatro bancos estatales, otorgaron numerosos créditos para impulsar el desarrollo económico. En este momento no me detendré a indagar cómo están en la actualidad dichos créditos y si hay posibilidades de una crisis financiera en un futuro cercano. Lo que se quiere explicitar son las magnitudes monetarias y de capital que rodearon la etapa de gigantesco crecimiento económico. Una dife-

rencia importante con relación a Japón fue el papel que desempeñó la inversión extranjera, sobre todo como transmisora de tecnologías para las empresas nativas en formación.

Debe resaltarse que los montos de financiamiento provenían de fuentes propias, es decir, del ahorro que se había generado en la economía china. Por lo tanto, no hubo endeudamiento externo y como el sistema financiero tenía fuertes protecciones contra el capital extranjero especulativo, la etapa de 2003 a 2007 fue tersa desde la perspectiva financiera, sin contratiempos ni nubarrones. China aplicó una especie de keynesianismo agresivo al dotar al mercado de cuantiosos recursos en cuanto asomaban signos de desaceleración.

Con respecto al liderazgo empresarial, después de las políticas maoístas contra las empresas privadas, sólo pudieron configurarse de nuevo a partir de las reformas de 1978; en concreto en 1984, cuando se crearon empresas en villas y pueblos, posteriormente con las reformas de 1994, y en la década de 2000, periodo en que China se sometió a un programa de privatizaciones a gran escala. Las empresas propiedad del Estado sufrieron considerables ajustes pero permanecieron como monopolios en sectores estratégicos. A dicho engranaje se unió la empresa extranjera, cuyo motivo principal era producir en China para exportar a los mercados extranjeros. Como se aprecia, el sistema empresarial chino es un complejo entramado de relaciones de producción.

La experiencia de México

México vivió una época dorada de crecimiento económico, casi autosostenido después del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), y que se prolongó hasta fines de la década de 1960. De modo directo, el gobierno fomentó la economía con inversión destinado a la obra pública y conservó un equilibrio de las finanzas públicas. El país se abasteció de productos

agropecuarios y energía barata. Las empresas incrementaron su productividad al aumentar la inversión en bienes de capital. En consecuencia, el crecimiento anual del PIB se mantuvo alto. Entre 1953 y 1958, el PIB creció a una tasa promedio de 6.42 por ciento; entre 1959 y 1964, a 6.73 por ciento, y entre 1965 y 1970, a 6.48 por ciento.

No obstante, tal crecimiento ocasionó desequilibrios económicos y desigualdades sociales que lo llevarían a enfrentar dilemas de política económica y a tomar decisiones que implicarían soluciones temporales y obstáculos relevantes para su futuro desarrollo. Desde el punto de vista internacional, la crisis inició en la década de 1970 debido al creciente endeudamiento y por la situación del mercado petrolero mundial.

La Segunda Guerra Mundial posibilitó que México fortaleciera su programa de industrialización sustitutiva de importaciones. Se puso en práctica una política de apoyos para la industria mexicana, en específico para la producción de bienes de consumo y de manufacturas ligeras. Por otro lado, se implementó un sistema comercial y de inversiones extranjeras con la finalidad de proteger a la incipiente industria nacional. A diferencia de los programas similares del este de Asia, México no tuvo tiempo suficiente para generar reestructuraciones industriales, con es-

casas aportaciones a la ciencia y la tecnología. Además, no se llevó a cabo la protección necesaria para hacer de México una potencia exportadora de manufacturas. Como resultado, sucedió una dependencia de las importaciones de bienes de capital, cuando la economía mexicana maduró y hubo falta de divisas, provocada cuando el sector agrícola perdió su capacidad exportadora en los 1960. Otro problema fue que la protección industrial sin sesgo exportador le restó competitividad a la economía, aunado a que la calidad de sus productos no era la adecuada a las exigencias de los mercados internacionales. Las potencialidades industriales del país, aunque significativas, no pudieron dirigir a la economía hacia mayores niveles de desarrollo y quizá esto determinó el lento crecimiento de otros sectores como la agricultura. La modernización industrial, al ser limitada, generó cuellos de botella en empleo y en el suministro de bienes y servicios provenientes de varios sectores económicos.

Referente a la reforma agraria, consistió en la repartición de tierras y apoyos económicos para mejorar la producción, lo que promovió también un crecimiento sostenido del sector agropecuario. Este sector fue el líder del crecimiento económico de México, así como el eslabón fundamental que sustentó el desarrollo industrial de la época. Contribuyó con divisas

Las potencialidades industriales del país, aunque significativas, no pudieron dirigir a la economía hacia mayores niveles de desarrollo y quizá esto determinó el lento crecimiento de otros sectores como la agricultura.



al exportar productos y financió el crecimiento económico. La tasa de crecimiento de la agricultura fue de 6.9 por ciento en promedio entre 1945 y 1956, y decayó gradualmente hasta sólo crecer 2.3 por ciento entre 1959 y 1963. Asimismo, entre 1940 y 1950 el sector agropecuario aportaba 15.4 por ciento del PIB y entre 1960 y 1971 el porcentaje disminuyó a 7.0 por ciento.

La declinación de la agricultura tuvo varias causas: reducción de la inversión pública, mantenimiento de precios bajos en productos básicos (maíz y trigo) que desalentó el interés por invertir en el sector, baja capacidad de acumulación y productividad del sector campesino. Tales factores, a los que debe agregarse el control corporativo político y la corrupción en las relaciones institucionales y grupos agrícolas, provocaron que la agricultura se contrajera, perdiera su sesgo exportador, se dedicara más al autoconsumo, y que iniciaran las importaciones de granos en los 1960, junto con la migración de campesinos a las ciudades en un intento por compensar su situación.

Es pertinente comentar que el modelo de crecimiento mexicano de posguerra (sustitución de importaciones) tenía debilidades. Por una parte, una industrialización incapaz de avanzar hacia la producción de bienes de alta tecnología y cuya producción de bienes de consumo y manufactura ligera carecía de la calidad para competir internacionalmente. Por otra parte, la agricultura dejó de crecer y con ello la economía mostró una mayor fragilidad. En consecuencia, las finanzas públicas se hicieron deficitarias, de manera que fue preciso tomar decisiones y enfrentar los nuevos desafíos. Dichas decisiones económicas implicaron numerosas oscilaciones económicas y crisis que caracterizaron este periodo.

El rasgo económico que definió el final de esa etapa es el de la inserción financiera de México a los mercados mundiales de capitales, a través de la cual la economía se volvió dependiente del endeudamiento externo para resolver sus pro-

blemas de insuficiencias domésticas. La deuda externa pública y privada creció de forma notable, por lo que México pasó a ser uno de los países más endeudados del mundo a principios de los 1980. En efecto, la deuda externa total en 1970 era de 3 mil 280 millones de dólares y para 1982 alcanzaba la cifra de 85 mil millones. A partir de 1978, debido al desarrollo de la industria petrolera del país por el descubrimiento de nuevos pozos para explotación, los ingresos del gobierno se elevaron; por lo que gran parte del endeudamiento externo se utilizó como inversión en la industria petrolera y en las empresas del Estado. La economía mexicana en esos años estuvo materialmente inundada de fondos de capital, provenientes de la banca comercial internacional que reciclaba los llamados «petrodólares» y por los recursos que ingresaban con la venta de petróleo.

Esta «riqueza» súbita se sobrepuso a distorsiones y desequilibrios de un modelo agotado. A diferencia de las soluciones adoptadas en 1934 que fueron al fondo de los problemas, en esa ocasión el recurrir a capitales externos y al petróleo comprendió una política coyuntural y de corto plazo. Por razones políticas, el Estado había evitado realizar una reforma fiscal para atraer más fondos y efectuar correcciones en la agricultura y la industria nacional. Se perdió así la oportunidad de impulsar un nuevo proyecto de industrialización masiva, como el que emprendió China en ese mismo periodo. Además, el creciente endeudamiento respondió a las necesidades de la banca internacional para reciclar sus fondos abundantes, independientemente de su viabilidad y utilidad.

Como es posible imaginar, la rápida y abundante llegada de recursos financieros gestó un ambiente de auge económico sin precedentes en el país. Incluso, el gobierno declaró que los mexicanos debían prepararse para ser ricos gracias a la abundancia petrolera. Cada vez más, la economía mexicana dependió de las exportaciones petroleras (75 por ciento de las exportaciones

totales) y del endeudamiento externo. Este cambio en la estructura económica dinamizó las importaciones, muchas de ellas vinculadas a la explotación petrolera, y con ello se afectó a la industria nacional.

Sin embargo, la felicidad fue efímera. Desde mayo de 1981 los precios mundiales del petróleo empezaron a descender y el gobierno mexicano tuvo que recurrir a un mayor endeudamiento. En junio de 1982 la banca mundial se negó a dar más créditos al país, de ahí que en agosto, sin reservas en el banco central, se declarara la moratoria de pagos. México, que había recibido enormes inyecciones de fondos, estaba en bancarrota. Ello fue el principio de una serie de crisis financieras que se ha extendido desde entonces hasta la actual en Estados Unidos y el mundo. En 1982, México se vio obligado a pagar 14 mil millones de dólares de intereses de la deuda, que representaron 50 por ciento de las exportaciones totales. En los años siguientes, se regresaron los fondos recibidos por deuda más intereses en grandes cantidades. Entre 1983 y 1987, el total de transferencias al exterior, por pagos de la deuda, fue de alrededor de 53 mil millones de dólares (7 por ciento del PIB). Adicionalmente, se suscitó un ciclo perverso: contratar deuda para pagar deuda mediante reestructuraciones de pagos y términos. El país se convirtió en un exportador de capitales con efectos tremendos para la inversión productiva y las necesidades de la economía mexicana.

De nueva cuenta, en noviembre de 1982 el Fondo Monetario Internacional (FMI) impuso un programa de ajuste que significaba la reducción y la reorientación del gasto público, aunado a la disminución de la participación del Estado en la economía. El gobierno mexicano adoptó la estrategia del «realismo económico», el cual comprendía un cambio importante en las asignaciones y tareas económicas del Estado. Así, comenzó la política de apertura, la promoción de la inversión extranjera y el desmantelamiento gradual del sistema proteccionista. Como re-

sultado de esa crisis, la década de 1980 se considera una década perdida para el crecimiento del país debido al estancamiento económico, a una fuerte inflación y al problema de endeudamiento que aún gravitaba sobre la economía.

Conclusiones

Han transcurrido varias décadas desde el fin del modelo de alto crecimiento de la economía japonesa de posguerra y apenas nos hallamos en presencia de la etapa de desaceleración de la economía china. Por ende deseo resaltar algunas ideas que todavía ostentan gran valor. En primer lugar, desde la óptica actual, el alto crecimiento en ambos países consistió en lo que podría denominarse desarrollo no sustentable. En Japón, y sobre todo en la experiencia de China, el derroche de recursos y la explotación de la mano de obra han sido fenomenales.² Se han causado graves problemas ecológicos. Surge entonces la interrogante acerca de cómo debería enmarcarse un alto crecimiento del PIB y si éste sería posible dentro de los parámetros de un desarrollo sustentable. En cualquier caso, es indispensable revisar la fórmula sencilla de encuadrar el crecimiento económico con relación a las necesidades de la población, así como resolver los problemas de empleo, salud, educación y otros indicadores básicos.

Acerca del modelo aludido, aún quedan lecciones sobre las que haré los últimos comentarios. En cuanto a Japón, la política industrial comprendió una gran innovación del modelo, pues ocasionó la participación del gobierno a través de instituciones fijas como el MITI y otras

² En el caso de Japón los trabajadores debían laborar jornadas extenuantes para alcanzar la productividad de sus pares en Estados Unidos y Alemania. En China, los salarios eran tan bajos que no lograban obtener el mínimo para su subsistencia, por lo que tenían que hacer «horas extras» a fin de subsistir. En algunos sectores el total de horas trabajadas por un trabajador chino excedía las sesenta horas a la semana. Al respecto, puede consultarse Zhongjin Li y Hao Qi, «Labor Process and the Social Structure of Accumulation in China», *Review of Radical Political Economics*, num. 46, 2014, p. 481.

Países con ahorro débil, endeudados y con crisis financieras recurrentes, no pueden introducir fuertes cantidades de capital a sus economías porque carecen de él, y el que poseen por lo general lo tienen comprometido para pagos de deuda. Esto ejemplifica lo que sucede en México.

que podrían considerarse dinámicas, como el establecimiento de comisiones o consejos que tomaron decisiones en torno al desarrollo de determinadas industrias. Los objetivos de dicha política industrial no sólo se orientaron a desarrollar las llamadas industrias nuevas, sino a promover su continua transformación. También se combinaron políticas que fomentaban el progreso del mercado interno para que las industrias pudieran florecer y se promovieron regulaciones a fin de impedir que la competencia extranjera detuviera su expansión.

El intervencionismo del Estado en China dispuso de políticas diferenciadas y evolutivas que respondían a la vasta extensión territorial y a la pluralidad de regiones, unas con vocación histórica a las prácticas del mercado (litorales y sureste del país) y otras como proveedoras de mano de obra y recursos. En México, con el gobierno de Cárdenas surgieron políticas industriales con el propósito de crear sectores, en particular en las ramas de consumo, pero hubo poca conexión con un sector endógeno capaz de abastecerlas y, a su vez, propiciar nuevas industrias, buscar su transformación y conducir las al liderazgo de los mercados mundiales. Después de 1982, México abandonó el papel del Estado como promotor de industrias nacionales.

Incluso, puede decirse que existió un plan Marshall a la japonesa, cuando el sistema bancario japonés dedicó fuertes sumas para el desarrollo de plantas y equipo. Aproximadamente 40 por ciento del PIB se destinó a las industrias prioritarias y estratégicas. Más tarde,

los bancos de los grandes corporativos suministraron fondos cuantiosos para proseguir en la ola de crecimiento.

En China, la entrega de recursos financieros ha sido aún mayor. Por ejemplo, en 2004 invirtió alrededor de 48 por ciento de su PIB en capital físico. Los bancos estatales chinos han sido una fuente inagotable de préstamos, a los que se sumaron los *shadow banks* o banca en el margen o en la sombra, instituciones no públicas que prestan recursos preferentemente a gobiernos locales y empresas privadas. Con anterioridad comenté que desde el punto de vista cuantitativo el volumen de inversión en una economía es una premisa *sine qua non* para incidir en los indicadores del PIB. Países con ahorro débil, endeudados y con crisis financieras recurrentes, no pueden introducir fuertes cantidades de capital a sus economías porque carecen de él, y el que poseen, por lo general, lo tienen comprometido para pagos de deuda. Esta última situación ejemplifica lo que sucede en México.

Para Japón el desarrollo tecnológico fue un factor esencial, único y vital. En la década de 1980 el profesor Tetsuro Nakaoka, reconocido especialista japonés en desarrollo tecnológico, dio un curso en México sobre esa materia. La esencia de dichas lecciones es que en sus inicios el avance tecnológico de Japón estuvo acompañado por el aprendizaje de nuevas tecnologías de occidente a través de las importaciones de maquinaria, industria textil y minera, ferrocarriles y otros; así como por el desarrollo de una especie de revolución tecnológica de los talleres artesanales

que representaban a un sector tradicional en la economía japonesa y que tuvieron la importante tarea de producir los componentes y las piezas que apoyarían el avance de las nuevas industrias.

Si Japón quería industrializarse con cimientos locales requería del aprendizaje acerca de cómo diseñar y construir máquinas propias, y de la consolidación de una industria de ingeniería básica que generara las nuevas capacidades. De ahí que los talleres constituyeran un factor decisivo para el comienzo y la posterior evolución de las industrias nuevas en la economía japonesa. Se trataba de combinar y establecer relaciones económicas y tecnológicas entre el sector tradicional y el moderno que estaba surgiendo. China, por su parte, desde el principio de las reformas hizo patente su deseo de llevar a cabo la industrialización con fuerzas endógenas mediante la transferencia y el aprendizaje tecnológico proveniente de las empresas extranjeras. En México, éste ha sido uno de los problemas fundamentales del bajo desarrollo, pues las clases dirigentes en la política y en el sector privado carecen de un enfoque relativo a la importancia de la ciencia y la tecnología y sus poderosos aportes a la economía y la sociedad de un país.

La lección que brinda el desarrollo tecnológico es que normalmente no es obra de un solo impulso, sino de un proceso por medio del cual se establecen varios factores en diferentes niveles de la economía y la sociedad para apropiarse del proceso tecnológico de nuevas ramas. Con ello se construye una base sólida de manufactura que luego continuará hacia otros estadios de innovación. Además, estos cambios generan una cultura empresarial muy asertiva al desarrollo tecnológico. Por otro lado, es preciso evitar el error habitual en los países atrasados de emprender el desarrollo de sectores modernos, olvidando al sector tradicional, lo que origina nuevos desequilibrios y estancamientos en las capacidades endógenas de los países que quie-

ren salir del atraso tecnológico. De acuerdo con esas ideas, se requiere una revolución tecnológica en la economía tradicional para hacer posible al mismo tiempo el desarrollo sólido y de carácter endógeno de una nueva industria moderna.

Con el transcurso de los años se percibe que el factor demográfico es primordial en cualquier país, incluso ahora se considera que ha desempeñado un papel de primera magnitud en los años de posguerra en Japón, cuando ocurrió lo que se conoce como el bono demográfico, con más de 70 por ciento de su población en edad laboral. Las políticas de desarrollo de pleno empleo japonés, que eligieron las industrias más favorables, crearon las condiciones centrales para la aceleración del crecimiento económico. Esta es una lección de suma trascendencia para el desarrollo económico en países que cuentan con un tipo de demografía como la de Japón en dicho periodo. Lo mismo se podría decir referente a China y México, que gozaron de un similar bono demográfico, favorable para emprender grandes proyectos de industrialización. El punto clave tiene que ver más con las capacidades de la población en cuestión y si el proyecto económico es capaz de absorber a toda población en edad de trabajar.

Finalmente, en sistemas económicos de mercado las empresas desempeñan un factor esencial, pues si no hay empresas capaces de asumir riesgos en el crecimiento de industrias no es posible ningún desarrollo local.³ La otra alternativa, al carecer de empresas locales, beneficia a la inversión extranjera y se atraen empresas transnacionales que llevan a cabo el desarrollo industrial. Estos países asiáticos han recurrido a diversas estrategias: en Japón han formado

³ En América Latina Celso Furtado ha indicado la relevancia del liderazgo empresarial para llevar a cabo los proyectos de industrialización y el surgimiento del mercado interno; cita el caso de Brasil, cuyo pivote fue el nacimiento de un empresario que emprendió las tareas de la modernización industrial. Véase Celso Furtado, *El capitalismo global*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 52.

El bajo crecimiento mexicano de los últimos 30 años se debe a que la economía no tiene conexiones ni encadenamientos industriales y tecnológicos, ni hay un interés genuino de sus dirigentes para elaborar un verdadero programa endógeno.

desde el principio sus propias empresas y en China han permitido la operación de grandes empresas transnacionales a la vez que aprenden y desarrollan las suyas. China no sólo ha elevado el porcentaje de proveeduría doméstica a las cadenas de exportación, también ha podido desarrollar empresas que ahora compiten a escala global como Lenovo o Huawei. En México se impulsaron empresas estatales dedicadas a industrias básicas, que después de 1982 fueron disueltas en su mayoría, porque al ser de manufactura tradicional no pudieron evolucionar hacia ramas más dinámicas y de alta tecnología. Por consiguiente, la economía mexicana es dominada en sus sectores más dinámicos por empresas extranjeras, en tanto que las naciona-

les predominan en sectores extractivos como la minería, en los de consumo y entretenimiento. De igual modo, existe una impresionante heterogeneidad tecnológica por sectores y regiones, a lo que se suman zonas de gran pobreza y falta de políticas de empleo para aprovechar el potencial humano.

La economía mexicana no tiene conexiones ni encadenamientos industriales y tecnológicos; tampoco hay un interés genuino de sus clases dirigentes para elaborar un verdadero programa de industrialización con características endógenas. Esos problemas explican las razones del bajo crecimiento mexicano de los últimos treinta años.

